



Mientras llega el tsunami

por Dionisio Byler

El fenómeno *tsunami* constituye una figura extraordinariamente apta para describir la realidad del presente de la raza humana.



Tsunamis como los recientes de Chile y Japón, se producen cuando cierto tipo de terremoto submarino genera olas gigantes capaces de hundir buques enormes en alta mar e inundar inmensas expansiones de tierra en costas de poca elevación sobre el nivel del mar. El aspecto de los tsunamis que me interesa como figura de la condición humana, es el de la demora en el tiempo, entre el terremoto y la llegada a la costa de la ola gigantesca. Japón es el único país que tiene en funcionamiento un sistema práctico de alarma ante la llegada de tsunamis, motivo por el cual la inmensa mayoría de los afectados tuvo tiempo de huir a zonas más elevadas y no estamos hablando hoy de cientos de miles de muertos. (La propia palabra *tsunami* es vocablo japonés.)

El caso de Indonesia hace algunos años es más habitual: aunque el tiempo entre el terremoto y la llegada del tsunami fue relativamente largo para algunas de las costas afectadas, las víctimas siguieron con sus actividades y vidas como si nada, en la «feliz» ignorancia de que *ya se había producido* el terremoto que los mataría. Seguían vivos, seguían disfrutando de sus costumbres y ritmos habituales; pero *eran muertos vivientes*, por cuanto el cataclismo que los mató ya había sucedido horas antes aunque ellos no lo sabían.

Últimamente, agotado ya más o menos mi interés en la Biblia como depósito de información histórica — como puede constatar cualquiera que haya leído mis últimos libros— vengo en explorar cada vez más el aspecto de la Biblia no ya como historia sino como sabiduría. Revelación de sabiduría profética de parte de Dios mediante los autores de estos textos sagrados, para que aprendamos cómo

El déficit ecológico español

Según El País (18/4/2011), a las 16 horas y 50 minutos del martes 19 de abril, España entró en déficit ecológico para 2011. Es decir, agotó en algo menos de cinco meses todo el presupuesto ecológico de que dispone su territorio para el conjunto del año. Se entiende por presupuesto ecológico el equilibrio perfecto entre la riqueza ecológica que se destruye y la capacidad del sistema para regenerarse. Se tiene en cuenta la superficie destinada a cultivos, a pastos para ganadería, bosques, pesca, emisiones de carbono y superficie urbana construida.

El último año de equilibrio ecológico para España fue 1986. Si todos los habitantes del mundo tuviesen el nivel de consumo español, harían falta tres planetas para cubrir sus necesidades. Como hay países menos desarrollados que España, con menor consumo ambiental, ahora mismo «solamente» harían falta 1,8 planetas para que el impacto de la humanidad fuera ecológicamente sostenible.

Hay un único desenlace posible: tarde o temprano los recursos ecológicos se agotarán.

Imaginemos la economía de una familia. Quien viviera echando mano de sus ahorros para gastar cada mes el triple de lo que gana, tarde o temprano se quedaría sin ahorros. Pero si todo el mundo viviese así, los bancos ya habrían quebrado antes de que se agotaran los ahorros de los particulares. El «banco» con los «ahorros» ecológicos de la humanidad es el planeta Tierra. Y lo estamos llevando aceleradamente a la quiebra.

Empezando con este número de *El Mensajero* exploraremos a lo largo de varios artículos, diversos aspectos de esta cuestión desde la perspectiva de la fe bíblica.

También en este número:

Maduramos cuando cambiamos	5
Los árboles que andan	6
Noticias de nuestras iglesias	7
Diccionario: Creación	8

Estaríamos en ese caso como los habitantes de una costa donde todavía no llega el tsunami de un terremoto que ya sucedió hace unos minutos. Seguiríamos con nuestras vidas como si todo fuera normal. Seguiríamos con nuestros trabajos, seguiríamos con nuestras satisfacciones y luchas de a diario como siempre... Pero seríamos todos unos muertos vivientes; por cuanto el desastre que nos erradicará ya ha sucedido.

hemos de vivir nuestra breve existencia sobre este planeta. Un planeta que tiene miles de millones de años y que ha visto aparecer y desaparecer olas sucesivas de formas de vida. Un planeta que así como no se inmutó cuando aparecimos sobre su superficie hace medio millón de años, tampoco se inmutará si desaparecemos dentro de 50 o 100 años para que nos reemplace sólo Dios sabe qué combinación de bacterias y vida vegetal y animal, terrestre y marina.

La sabiduría bíblica es sabiduría agraria de un pueblo que vivió en una tierra difícil —la de Canaán— cuya explotación agrícola fue siempre precaria. Ellos tuvieron que aprender a asumir plenamente las limitaciones de su existencia sobre esa tierra. Vivían un pacto a tres bandas entre Dios, el pueblo y la tierra, donde la tierra y el pueblo eran igualmente posesión de Dios. La tierra no podía ser poseída por sus habitantes sino tan sólo utilizada sabia y moralmente por cada generación, que dependía a su vez de

que Dios concediera las lluvias a su tiempo y siega y alimento en lugar de Hambre. Se cernía siempre sobre su existencia, la amenaza de que si no vivían conforme les instruía Dios, la propia tierra les «vomitaría» y serían expulsados a exilio.

Parece ser que durante siglos fueron capaces de mantener una agricultura y ganadería sostenibles y un estilo de vida más o menos estable. Pero a raíz de la infeliz ocurrencia de querer «un rey como todas las naciones», la nobleza de Jerusalén y Samaria empezó a esquilmar el producto «sobrante» de la tierra. La tierra empezó a verse como un bien que se podía comprar y vender —con el resultado de que fueron creciendo las explotaciones latifundistas a la vez que la masa social de campesinos despojados de sus tierras. Los propios pobladores también empezaron a verse como un bien que se podía comprar y vender —con el resultado inicial de levas de trabajos forzados para construir el Templo de Jerusalén y levas

de soldados conscriptos para las guerras; y al final un aumento importante de la población reducida a esclavitud. Esta economía de consumo, que vivía del producto de la tierra sin devolver nada a cambio más que guerras y sufrimiento, no era —no podía ser— sostenible.

Empezando con Amós, los profetas de Israel denunciaron lo que estaba pasando. Pero como la prosperidad de Jerusalén y Samaria tendía siempre a más, la denuncia profética no fue oída. Y así Samaria primero y un siglo y medio más tarde Jerusalén también, cayeron. La población fue llevada al exilio. El daño ecológico y la despoblación resultante de la tierra de Canaán, tardó siglos en recuperarse.

El planeta Tierra estaba en aquel entonces, sin embargo, todavía relativamente despoblado. Los desastres y calamidades ecológicas y las guerras resultantes para hacerse con bienes cada vez más escasos sucedían puntualmente —en espacios geográficos limitados— y siempre era posible talar bosques y volver a empezar en otro lugar. Sin embargo en nuestra generación presente, se nos están acabando a un ritmo vertiginoso los lugares habitables que todavía sea posible ocupar. La Tierra, que durante miles de años podía parecer infinita en su capacidad de proveer para la humanidad, se nos manifiesta ahora decididamente limitada. Es una pequeña esfera de vida en medio de la enormidad del espacio galáctico. Es posible que haya otros planetas «habitables» en alguna parte del universo, pero un grupo colonizador desde la Tierra tardaría miles de generaciones en viajar hasta cualquiera de ellos. ¡Algo que naturalmente no va a suceder nunca!

Una proporción cada vez más importante de nuestros semejantes carece de agua potable y alimento y condiciones de vida digna. Aumenta la esclavitud en nuestra generación como en pocas eras de la humanidad. Las guerras no son ya cosa de una campaña militar o de unos pocos años. La guerra se ha instalado como un rasgo permanente de nuestra civilización. Y no va a desaparecer. Es demasiado rentable para la minoría



que manda. Incluso un país como España —que presumimos de que nuestros ejércitos sólo intervienen en misiones de paz— nos lucramos y mucho del tráfico de armamento. La presente crisis económica se nos agravaría si no pudiésemos exportar armas a los conflictos bélicos que asolan a la humanidad.

Los expertos debaten si estamos todavía a tiempo para dar marcha atrás en el impacto que nuestra actividad humana está teniendo sobre el planeta. Es difícil determinar si hemos cruzado o no ya ese umbral de impacto en el clima y en la diversidad genética y en la calidad del agua y de la atmósfera, cuando las consecuencias sean que tarde o temprano este planeta se nos volverá inhóspito. Desde luego, cuando los expertos se pongan de acuerdo, será que ya es demasiado tarde. Pero es posible que ya ahora lo sea.

Estaríamos en ese caso como los habitantes de una costa donde todavía no llega el tsunami de un terremoto que ya sucedió hace unos minutos. Seguiríamos con nuestras vidas como si todo fuera normal. Seguiríamos con nuestros trabajos, seguiríamos con nuestras satisfacciones y luchas de a diario como siempre. Celebraríamos con alegría nuestras bodas y el nacimiento de nuestros hijos y nietos y lloraríamos a nuestros muertos. Pero seríamos todos unos muertos vivientes; por cuanto el desastre que nos erradicará ya ha sucedido.

Los profetas de Israel, incluso los que hablaron en las horas más oscuras de su pueblo —cuando estaba claro que todo estaba ya perdido— fueron guiados por el Espíritu del Señor a imaginar otro futuro diferente que el previsible.

Pudieron sobrepasar las limitaciones de lo evidente —el desenlace fatídico de las conductas de su generación— e imaginar un mundo donde Dios fuese tenido en cuenta.

Jeremías tiene fama como «el profeta llorón» por la leyenda de que fue él el autor del libro de Lamentaciones. Pero el propio libro de Jeremías contiene un justo equilibrio entre el pesimismo por el desenlace de la vida de sus contemporáneos, y la

confianza en que Dios sigue en su trono en el cielo y dará una posteridad a los que a él se encomiendan. Ezequiel se quedó mudo, incapaz ya de hablar al ver el desastre que se avecinaba sobre Jerusalén. Pero cuando recibió la noticia de que Jerusalén había caído, empezó a profetizar sobre otro futuro diferente, otra clase de Jerusalén, otra clase de Israel, huesos secos que volvían a recobrar vida. Si no me equivoco, el único profeta bíblico cuyo libro no tiene ninguna palabra de esperanza segura, fue Amós. Y el hecho de que eso falte en el libro de Amós tal vez se deba a que fue el primero en vaticinar el desastre. Un desastre en el que nadie quería ni podía creer todavía, por lo cual hablar de esperanza habría carecido de interés.

A los seguidores del Mesías Jesús, nos corresponde buscar la inspiración del Espíritu de Dios, para que podamos imaginar y predicar un futuro diferente, un futuro alternativo. Un futuro sin guerras, sin esclavitud, sin prostitución ni pedofilia ni pornografía, sin Hambre. Un futuro con agua potable para todos y alimentos nutritivos, cultivados sin productos químicos perjudiciales y por métodos sostenibles, repartidos equitativamente entre toda la humanidad. Un futuro de respeto a la biodiversidad en tierra y mar.

Puede parecer un contrasentido pero en esta generación, cuando la humanidad estamos cayendo en la cuenta de que quizá sea ya demasiado tarde para rescatar nuestra existencia sobre el planeta Tierra, tenemos que hallar en Dios un mensaje de esperanza que comunicar a nuestros semejantes. Porque sin esperanza la humanidad nos quedaríamos inmovilizados, incapaces de rebelarnos, incapaces de luchar.

Concédanos Dios a su pueblo la intensidad de comunión con su Espíritu Creador, para que desde el fulgor de nuestras oraciones podamos irradiar su Luz en medio de la presente Oscuridad. Porque hoy —como en Jerusalén hace miles de años— el problema, sin dejar de ser esencialmente material, deriva de una terrible pereza espiritual.

El problema, sin dejar de ser esencialmente material, deriva de una terrible pereza espiritual.

La madurez cristiana (13)

Maduramos cuando cambiamos (1° de 2)

por José Luis Suárez

De vez en cuando me sorprenden los cambios que han tenido lugar en mi vida. La mayoría de las veces me doy cuenta de estos cambios, no cuando acontecen sino mucho tiempo después, cuando observo los nuevos caminos por los que transito.

Soy consciente que esto es un aprendizaje continuo que se da observándome, escuchándome, observando a otros, leyendo, orando, meditando y corrigiendo equivocaciones.

Este aprendizaje siempre es personal y emana de mi propia experiencia, pero es al tiempo un camino que realizo con las personas que tengo cerca y lejos, las cuales en muchos momentos me sirven de espejo para verme y son referencia para caminar.

De alguna manera este artículo es la historia de mis propios cambios mezclados con mis viajes por el mundo de la Biblia, de la oración y de lo aprendido de los muchos testigos en este maravilloso mundo de los cambios.

Cambiar

La palabra cambiar la usamos en el lenguaje cotidiano cuando nos referimos a reemplazar, sustituir, mudar, alterar una posición, adaptar y trans-



formar. Cambiar es ir de un lugar a otro; es transformación, modificación, metamorfosis, dejar una cosa para tomar otra. Cambiar es lo opuesto a lo estático, lo inamovible, lo fijo.

Propongo en esta reflexión que el cambio es un principio, una norma, una ley que rige el plan de Dios para su creación. El cambio es el diseño del creador para sus criaturas. Cuando se entra en esta dinámica se encuentra la clave del sentido de la vida, de la armonía con uno mismo, con los demás, con el Creador y con toda la Creación. Sin cambios el mundo sería horrible.

Existen distintos tipos de cambio. Es muy diferente los cambios que realizamos por iniciativa propia, que los que nos vienen impuestos o que acontecen de manera ajena a nuestra voluntad (la pérdida de un empleo, una enfermedad incurable etc.).

Esta diferencia es importante en la medida en que en el primer caso, uno elige y asume sus consecuencias y que por supuesto encontrará la fuerza y motivación para llevarlo a cabo. Por otro lado en los cambios no elegidos, será más difícil mantener el compromiso, ya que sin la motivación personal, al menor contratiempo se abandona. Es también una realidad que ciertos cambios no elegidos algunas veces se pueden asumir como propios debido a la oración, la reflexión, la escucha de la voz de Dios y el sentirse a gusto con el resultado de los cambios.



1. La importancia de los cambios en la vida humana

Uno de los elementos clave en la maduración son los cambios. Es una verdad como un templo que sin cambios no hay madurez. Todo lo que nace se convierte en un eterno movimiento de cambios continuos que sólo terminan cuando llega la muerte. Esta realidad la vemos en los reinos vegetal y animal y en el ser humano.

La mayoría de las personas tienen miedo a los cambios, lo nuevo, sin darse cuenta que en este mundo nada permanece estable y para siempre. Todo cambia continuamente. Lo único que no cambia es el cambio.

Sin cambios no habría vida. Nuestras células cambian cada segundo. El cambio está en la raíz de nuestra humanidad. Nos guste o no, el cambio es parte de todo lo que está vivo. Aprender a dar la bienvenida al cambio en lugar de cerrarse a él, es un elemento clave para madurar y vivir en plenitud.

El cambio es la condición inevitable del ser humano. Debe ser vivido como un hecho maravilloso. En lugar de evitarlo o considerarlo como una amenaza o un enemigo, se le debería dar la bienvenida.

Los cambios contribuyen a la supervivencia, a la estabilidad y a la plenitud de la vida de todo ser humano. Cuando no hay cambios nos deslizamos hacia el caos y la desintegración, no solo del ser humano sino de la humanidad. Cuando no cambiamos, nuestro horizonte se estrecha cada vez más y nos vamos insensibilizando a la vida.



Los cambios en el ser humano abarcan lo físico, lo emocional, lo mental y lo espiritual; porque el cambio está inscrito en el ADN del ser humano.

Jesús inició su ministerio llamando a la gente a cambiar su forma de vivir; a seguirle, a tomarle como referencia para vivir, a confiar en el amor incondicional del Padre Dios.

El Sermón del Monte es una llamada al cambio en nuestra manera de entender la relación con Dios, con los demás, con nosotros mismos y con el mundo en general.

2. Las dificultades para cambiar

Si pensamos que todo cambio es sospechoso, habremos entrado en el sombrío terreno del oscurantismo. Si una persona decide aferrarse a lo que ya tiene sin abrirse al cambio, tendrá una vida empobrecida y dolorosa, porque la vida siempre es un eterno movimiento que nunca se detiene. Muchas personas prefieren la comodidad y la seguridad de lo conocido aunque sea malo, a la incertidumbre de lo desconocido o lo nuevo. Sin embargo, una existencia sin riesgos, anclada en la rutina, en la resignación con lo que hay, arriesgando poco o nada, afirmando que «siempre ha sido así», con actitudes rígidas y resisten-



cia a los cambios, será una vida no vivida. Estará llena de limitaciones. Carecerá de sentido. Toda cultura basada en el conformismo está condenada al atraso.

Todo cambio significa creatividad, curiosidad por explorar lo desconocido sabiendo que nada es eterno. El

El cambio es el diseño del creador para sus criaturas. Cuando se entra en esta dinámica se encuentra la clave del sentido de la vida, de la armonía con uno mismo, con los demás, con el Creador y con toda la Creación. Sin cambios el mundo sería horrible.

cambio es parte de la vida del individuo, de las organizaciones, de los gobiernos y de la Iglesia.

Todo cambio provoca algún tipo de crisis, porque es aventurarse en lo incierto, lo desconocido. No obstante la crisis que acompaña al cambio muy a menudo es más beneficiosa que dañina. Una de las mayores dificultades para el cambio son los miedos. ¿Seré capaz de hacerlo bien? ¿Qué ocurrirá? No existen transformaciones fáciles. Los cambios son rupturas interiores con la forma de pensar y hacer que teníamos antes. Implican ruptura, en algún sentido, con el pasado.

Otro elemento que dificulta los cambios es la tendencia a usar todas nuestras energías para defender lo que ya tenemos, situaciones ya consolidadas, lo que ya sabemos, los logros externos —nuestro barrio, nuestro lugar de trabajo, nuestra ciudad, todo lo que nos es conocido y familiar— y rechazar de forma sistemática todo aquello que viene a perturbar nuestra seguridad. Preferimos todas estas situaciones en lugar de salir de las zonas de seguridad.

Muy a menudo nos agarramos con uñas y dientes a lo que tenemos. Al hacerlo nos negamos a lo desconocido, a salir del mundo donde todo está controlado y perfectamente ordenado. Son muchas las personas que prefieren seguir atadas a lo que ya conocen por aquello de que «Más vale malo conocido, que bueno por conocer». Nos resistimos a los cambios.

Cuanto más grandes sean los cambios, más profunda será la crisis. El niño al nacer llora; el primer día de colegio entra en crisis. Cuando se llega al final de la vida, lo desconocido provoca temor y hasta pánico —aun en las personas de mucha fe— debido a que desconocemos lo que

hay después de la muerte.

Cambiar representa ruptura en la forma de pensar, cambios de valores y criterios de acción; y esto produce temores, miedos, angustias y hasta desesperación. Esta es la razón por la que son pocas las personas que están dispuestas a cambiar su manera de pensar y de vivir.

Todo cambio es doloroso. El niño no aprende a andar sin antes caerse muchas veces. No se puede aprender a tocar el piano sin antes tocar unas cuantas teclas equivocadas.

El libro de Éxodo nos narra la salida del pueblo de Dios de Egipto. Todo un pueblo se arriesga a dejar lo conocido —la esclavitud, el mal vivir— para aventurarse en lo desconocido. Pero cuando aparecen las dificultades (Ex 16,1-3), desean volver al pasado.

Hay que saber tolerar las ambigüedades y la incertidumbre para favorecer el cambio. En vez de ir a la contra hay que fluir con él, ser flexibles, abiertos, permisivos y aceptar que todo cambio produce incertidumbre.

3. El cambio como proceso

Vivimos en una sociedad en la que predomina la ley del mínimo esfuerzo para conseguir lo que se desea. Casi todos los anuncios publicitarios están basados en términos de rapidez y mínimo esfuerzo. Somos bombardeados diariamente por los medios de comunicación y desgraciadamente, también en la iglesia. (Hace unos años vi un libro en una librería evangélica con el título: *Cómo conseguir el poder de Dios en 48 horas*). Son mensajes que nos presentan cambios instantáneos y sin esfuerzos.

Todo cambio fácil, sin complicaciones, que nos promete resultados instantáneos... ¡hasta el sentido

común nos dice que no está basado en principios correctos! Debemos considerarlo sospechoso y hasta peligroso. Los cambios instantáneos son excepciones. Milagros. La mayoría de las veces son producto de nuestra imaginación más que de la realidad. Aquí es bueno recordar el proverbio: «Del dicho al hecho hay un trecho».

La metáfora de la agricultura nos ayuda a entender el elemento del proceso del tiempo y del precio a pagar. El agricultor prepara la tierra, siembra la semilla, desbroza, abona, riega y luego llega la cosecha. No hay otra fórmula. No se puede violentar el proceso del tiempo. Hay que dejar que la fruta madure a su tiempo.

El cambio no se puede forzar. Cuando se violenta el proceso del tiempo, a la larga se descubre el fracaso. Porque los principios de la agricultura forman parte de todo crecimiento auténtico.

La metáfora de la agricultura nos enseña que es imposible violar o ignorar el desarrollo humano como proceso. Es contrario a la naturaleza humana, que tiene etapas y momentos: El niño antes de andar da vueltas en la cuna, se sienta, gatea y luego camina y corre. Todos los pasos son importantes y todos requieren tiempo. No es posible saltarse ninguno de ellos. Así es la maduración cristiana.

Aceptar el cambio como un proceso es inevitable aunque no nos agrade, porque el proceso del cambio es parte la vida misma.

Para poder ir más lejos

Carta del apóstol Pablo a los Filipenses, 3: 12-15.

La transformación espiritual puede ser dulce y gloriosa, pero también desconcertante y aterradora (Jack Kornfield).

El que puede cambiar sus pensamientos puede cambiar su destino (Stephen Craner).

Cuando ya no somos capaces de cambiar una situación nos encontramos ante el desafío de cambiarnos a nosotros mismos (Victor Frankl).

Los árboles que andan

Jesús [...] le preguntó: ¿ves algo? El ciego abrió los ojos y dijo: Veo a la gente. Son como árboles que andan (Mr 8,23.24).

Hablar de nuestras cegueras siempre resulta complicado. Los relatos en los evangelios sobre curaciones de ciegos implican en cierto modo un doble sentido. Todos reconocemos que éramos ciegos pero con el «toque de Jesús» ya podemos ver claramente. Es decir que como ya somos cristianos, tenemos una facultad para entender y discernir toda situación. Bueno, algo de eso es verdad. Pero es curioso que el ciego del texto de Marcos, necesitó un *segundo toque*. ¿Por qué?

Lo que nos dice el texto es que cuando abre los ojos, veía a la gente como *cosas*. Eran como árboles que andaban, cosas que se movían. Tenían un aspecto humano pero su parecido era de árboles. Lo que no nos damos cuenta es que vivimos en una sociedad que *cosifica* a las personas. Es decir, se les pone *etiquetas*. No nos damos cuenta de ello, pero debido a la desmesura de información que padecemos, se nos presenta la realidad humana por medio de etiquetas. Las personas son, *legales* o *ilegales*, *con papeles* o *sin papeles*, *emigrantes*, *nacionales* o *extranjeros*, *creyentes* o *incrédulos*, *evangélicos*, *católicos*, *agnósticos*, *ateos*... Esto permite generalizar. Los extranjeros son... Los españoles son... Los católicos son... Los ilegales son... Los ateos son... Por medio de las etiquetas —de cosificar a las personas— se hace más fácil esconder sentimientos negativos desde una aceptación social. Si etiqueto y generalizo, si cosifico, si de lo que estoy hablando no son más que *árboles que andan*, entonces puedo decir cualquier cosa y guardar mi respetabilidad.

El problema está en que nos reclamamos del nombre de Aquel que no etiquetó a nadie. Cuando se acercó al politeísta centurión romano, miembro de un ejército opresor, y vio lo que había en su corazón, alabó su fe, poniéndola de ejemplo para todo Israel. Apreció la actitud del samaritano

que ayuda a su prójimo (es decir un hereje, miembro de un colectivo que desfiguraba la verdadera fe, según los judíos) y nos lo presenta como paradigma de verdadero hombre de Dios. Se dejó convencer por una mujer sirio-fenicia, rompiendo todos los prejuicios sociales y religiosos. A la mujer sorprendida en adulterio nunca la llama «adúltera» sino que se refiere a ella con el término de «mujer», devolviéndole su dignidad. Y Cristo hizo eso porque veía a *personas que estaban paralizadas como árboles*. Porque podía ver el corazón de cada uno, sin tener en cuenta sus condicionantes religiosos o sociológicos. En los tiempos que vivimos de etiquetados y cosificaciones, debemos estar atentos para entender si quizás nosotros también necesitamos un segundo toque de Cristo para poder ver... *lo que él ve*.

—Julián Mellado



Noticias de nuestras iglesias

Adiós, Juan

Barcelona, 20 de abril — «Hoy duerme Juan Becerra. No ha muerto; sólo duerme en la esperanza de encontrarse con su Maestro, con Jesucristo. Ese fue su sueño.

«Amó mucho. Se entregó a los demás con honestidad, coherencia, alegría... y también cabezonería. Profundamente humano. Perfectamente imperfecto, no intentó disimular sus defectos ni aparentar ser quien no era. El sufrimiento de su enfermedad lo llevó con humildad, sin queja, con alabanza a Dios y agradecimiento por la vida.

«No fue un superhombre. Sólo un hombre de fe, sencillo, que amó

mucho, sirvió a los demás en lo que pudo... y nos deja un enorme agujero en el corazón.

«Al fin...descansa en paz con su Señor». —*de las palabras leídas en el funeral por su hijo, David.*

*Yo iré
Cuando siento tu presencia Señor.
Cuando busco tu consuelo de amor,
si me instalo en la duda perdón,
por favor acompáñame,
porque te amo, te adoro, te busco,
por favor calma mi sed.
Si te busco entre mis cosas perdón,
si te siento en el silencio de amor,
por donde quieras llevarme,
yo iré, por favor acompáñame.
Porque te amo, te adoro, te busco,
por favor calma mi sed. —Juan B.*



Comunidades Anabautistas Unidas

Burgos, 10 de abril — En el culto de esta mañana los orgullosos papás (Dely y Edwige) presentaron al Señor a su hijo Josué. ¡Que Dios le acompañe todos los días de su vida!

Burgos, 16 de abril — La hora del café en «la obra», que es como nos venimos refiriendo al trabajo los sábados, que realiza una mezcla de hermanos muy bien capacitados en estas profesiones, y otros muchos voluntarios que les prestan todo tipo de apoyo. En la otra foto empezamos a hacernos una idea de cómo quedará por fuera.



Diccionario de términos bíblicos y teológicos

Creación — **1.** El resultado del acto de crear. Comprender que algo es una creación significa reconocer como es debido a la persona creadora. **2.** Escrito con mayúscula, la Creación es la totalidad del universo y en particular, las condiciones especialísimas del planeta Tierra, donde ha arraigado y proliferado en infinidad de formas la vida microbial, vegetal y animal, terrestre y marina, hasta hacer posible la existencia humana. Concebir del universo, la Tierra y la vida como Creación, supone admitir la intencionalidad y los propósitos de Dios en tanto que Creador.

Los relatos bíblicos de la creación del mundo y de la vida humana tienen elementos en común con los mitos de los pueblos contemporáneos alrededor de Israel y particularmente, con los mitos cananeos de creación. Por ese motivo, llaman especialmente la atención las diferencias con respecto a esos mitos. La Biblia deja como un misterio sin desvelar el origen de la materia a partir de la cual Dios crea nuestro universo. Otros pueblos entendían que los astros eran en sí mismos dioses y que la Tierra era una diosa. En un mito babilónico, el universo estaba hecho del cuerpo de la diosa Madre, asesinada por su hijo — también un dios, naturalmente— y abierto como quien abre en dos un pescado por la raspa, para hacer de una mitad los cielos y de la otra, la tierra. ¡Qué diferente resulta la forma de contar la creación en la Biblia!

La Biblia establece una autoridad moral incuestionable y un poder o capacidad también incuestionable de Dios para crear, ordenar, disponer y también destruir el universo entero, por cuanto es obra de su intención, propósito y actividad.

En los libros de la Ley —aunque también en otros de la Biblia— Dios muestra especial interés en el ser humano como co-creador de la vida humana. Dios manda al ser humano propagarse pero a la vez, no pierde ocasiones para recordar al ser humano que la esterilidad e infertilidad es siempre posible y que sólo creamos

nuestros descendientes por beneplácito divino. Para que Abraham y su descendencia jamás olviden que su fertilidad viene de Dios, Dios les exige darle un pedacito del pene de cada varón. Como el diezmo y el descanso obligado un día cada semana y la prohibición de cultivar la tierra un año de cada siete, la circuncisión obliga a Israel a reconocerse dependientes del Creador desde la intimidad de su reproducción hasta el milagro de comer cada día de los productos de la tierra.

Nacimos y comemos porque somos Creación y vivimos instalados en la Creación. En todos los detalles, el Creador es el que dispone. Si llueve y hay mies abundante, es porque el Creador así lo ha dispuesto. Si hay sequía y Hambre, esto también viene del Creador. La dependencia humana del Creador es absoluta y no admite discusión. El Creador también dispone cuáles conductas son aceptables para el ser humano, que en tanto que seres creados inmersos en la Creación, no somos quién para cuestionar las disposiciones divinas que garantizan la supervivencia y fecundidad de cada generación humana. El Creador no nos debe ninguna explicación; nosotros le debemos a él y a sus propósitos, lealtad absoluta.

El Creador nos ha encomendado un privilegio que es a la vez una responsabilidad sorprendente. Ha concedido al ser humano «dominio» sobre todos los otros seres creados, lo cual encierra tanto de obligación y responsabilidad y rendir cuentas al Creador, como de privilegio.

La humanidad ha de vivir responsable y prudentemente como máximo depredador, domador y domesticador de toda la vida terrícola en tierra, aire y mar. Tiene capacidad y potestad para transformar su entorno, cambiar las costas de los mares, mover montañas, minar las profundidades subterráneas... una capacidad y potestad casi infinita. Casi pero no del todo. Porque toda su actividad está sometida a la responsabilidad de ser prudentes y sabios en el ejercicio de dominio sobre una Creación que es ajena. El

ser humano nunca es dueño y propietario, entonces, aunque tenga dominio. El dueño y propietario sigue siendo siempre el Creador, por cuya autorización y permiso el ser humano ejerce ese dominio. Y cada ser humano en particular es sólo un usuario pasajero durante los breves años de su generación, al cabo de la cual ha de entregar a sus hijos y nietos esta Creación que antes recibió de sus padres y abuelos.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo - España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org